

Literatura e historia. Manuel Chaves Nogales y la «tercera España»

Francisco Espinosa

Estos que ves ahora deshechos, maltrechos, furiosos, aplanados, sin afeitar, sin lavar, cochinos, sudados, cansados, mordiéndose, hechos un asco, destrozados, son, sin embargo, no lo olvides, hijo, no lo olvides nunca pase lo que pase, son lo mejor de España, los únicos que, de verdad, se han alzado, sin nada, con sus manos, contra el fascismo, contra los militares, contra los poderosos, por la sola justicia; cada uno a su modo, a su manera, como han podido, sin que les importara su comodidad, su familia, su dinero.

Max Aub (Puerto de Alicante, Campo de Almendros)

En una reciente reseña firmada por el historiador británico Robert Stradling, ferviente admirador de Moa y creador de la expresión «revolución moaísta», se acusa al revisionismo histórico¹ –me refiero concretamente al que se practica en España desde diferentes universidades y cuyo objetivo primero es mostrar la República como una seudodemocracia responsable de su final–, de no haber reconocido «la labor pionera» de Pío Moa y César Vidal.² Tiene razón. Es evidente que estos «pioneros» allanaron el camino a gente como Manuel Álvarez Tardío, Fernando del Rey Reguillo, Roberto Villa García o Julius Ruiz, por solo citar a los más conocidos; otros, como Pedro C. González Cuevas o Ángel D. Martín Rubio, no necesitaron «pioneros». Stradling, sin embargo, se olvida de otro frente. Tan importante o más que la labor realizada por Moa y Vidal ha sido la llevada a cabo por Andrés Trapiello (todo un «pionero», cantando las virtudes de Foxá en 1984), Antonio Muñoz Molina y Jorge Martínez Reverte desde la prensa y especialmente desde *El País*, el periódico que dejó ya hace tiempo de ser la «referencia dominante». No quiero decir con esto que los Moas sean iguales a los de la academia ni a los otros tres, pero tienen algunos puntos comunes dignos de analizar. Y, sobre todo, a unos y otros les ha resultado más fácil sumarse al acoso y derribo

de la República estando como estaba el terreno ya abonado. Dicho de otra forma: los Moas, como era previsible, cumplieron su función.

Como de los académicos revisionistas me he ocupado ya en otras ocasiones³ quiero centrarme ahora en Trapiello y Muñoz Molina y su papel en la apropiación y tergiversación que se ha hecho del periodista y escritor Manuel Chaves Nogales en relación con el mito de la «tercera España». Debo aclarar de entrada y sin entrar en valoraciones, mi respeto por Chaves y su obra, y el reconocimiento que debemos al gran esfuerzo investigador realizado por la profesora María Isabel Cintas Guillén, que finalmente ha logrado que se reconozca su trabajo, cosa nada fácil cuando lo que estaba en juego eran las ansias de protagonismo de algunos y el negocio editorial de otros. En este sentido resulta imposible olvidar la carta que en marzo de 2009 dirigió a *El País* recordándole a Trapiello en referencia a un artículo que este había escrito sobre Manuel Chaves que su *Obra Narrativa Completa* (Diputación de Sevilla) fue editada bajo su dirección en 1993, es decir, un año antes de que viera la luz *Las armas y las letras*, y que había olvidado también incluir en la bibliografía la *Obra periodística* (Diputación de Sevilla, 2001). Trapiello, que iba de «gran descubridor» del prólogo de Chaves a la obra *A sangre y fuego*, pieza clave de la «operación Chaves», respondió días después con una soberbia y una mala baba que evidenciaban lo mal que había digerido el mensaje de Cintas Guillén.⁴

Junto al artículo de Trapiello aparecía otro, titulado «Lo peor», del periodista y escritor, igualmente relacionado con *El País*, Jesús Ruiz Mantilla.⁵ En él mostraba su admiración por Manuel Chaves y lamentaba que algunos escritores (Unamuno, Azorín, Pla, Manuel Machado) no hubiesen sido leídos por el hecho de no haber perdido la guerra. Pero para Ruiz Mantilla lo ocurrido con Chaves era *lo peor*: «ni comunistas ni fascistas le perdonaron jamás que dijera algunas cosas... *imperdonables*». Insistía también, relacionándolo con Trapiello, en «el gran descubrimiento» del prólogo de *A sangre y fuego*. Ahora sí sería posible «leer» esa guerra «de modo distinto a como comunistas y fascistas la habían estado *fijando* interesadamente durante cincuenta años». ¿En qué consistía la novedad? Esta no era otra que Chaves, «antes que nadie», dijo que «su lealtad para con el Gobierno de la República llegaba hasta el momento en que este abandonó Madrid, lo que le facultaba moralmente para abandonar España, toda vez que en esa guerra ya no se luchaba por la democracia sino por el fascismo o el bolchevismo».

En ese mismo número de *Babelia* aparecía otro artículo titulado «El genio escondido» en el que se mantenía que «en cuestión de ideas, cuando en España la cosa se puso cruda y salpicaba la sangre, Chaves exigió eso tan poco valorado entonces como era el sentido común». La cosa iba a más: «Su vida fue una película en una época trágica y revuelta. Retrató la Europa en armas, apoyó a Azaña y se indignó ante la locura de la Guerra Civil. Quiso alertarnos y dar luz. Por eso recogió el estigma del olvido». Esto demuestra que en 2009 ya se habían perdido los papeles y el mito avanzaba imparable. Y sigue: «Tuvo que huir de España

hacia Francia pero su compromiso no le dio tregua. Le persiguieron los nazis y la izquierda le condenó a la hoguera por no responder al patrón de los dogmas».

Un caso singular en relación con Chaves Nogales es el de Antonio Muñoz Molina. En 2010 escribía: «en los primeros meses de la Guerra Civil, cuando ideologías agobiantes y partidismos extremos nublaban la vista de casi todo el mundo, Chaves Nogales conservó la excelente costumbre de mirar y de contar con claridad y pasión lo que estaba viendo». Porque, según Muñoz, el periodista vivió la guerra «con sensatez de republicano progresista no seducido ni por las palabras ni por el resplandor criminal de la sangre, escrupulosamente fiel a la legalidad establecida y enemigo por lo tanto de los sublevados contra ella, pero también de la sinrazón y el desorden que estallaron en un Madrid sin gobierno». Sería la claridad con que ve todo, lo que lo vuelve extranjero. Muñoz considera posible incluso que «su inteligencia tan aguda le permitió intuir que a pesar de todo, el fascismo no prevalecería sobre Europa», lo que ya situaría a Chaves en el terreno del profeta o del visionario.

El reconocimiento de la figura de Chaves Nogales logra un nuevo hito en la Feria del Libro de Sevilla de 2012, que le dedica especial atención. Diversos organismos oficiales organizan, entre otros actos, un ciclo de conferencias sobre el periodista titulado «Manuel Chaves Nogales. Del olvido al mito». De él hablarán Maribel Cintas, Santos Juliá, Xavier Pericay, José Andrés Rojo, Jorge Martínez Reverte, Carlos García Alix y su propia hija Pilar Chaves. El cronista de la jornada, Santiago Belausteguigoitia, destaca las palabras de Rojo: «Lo que me interesa de Chaves Nogales es que es un periodista que consigue salvarse del clima extremista. No está en las filas radicales de la izquierda ni de la derecha». Como si solo hubiesen existido esas filas (y esto lo dice por lo visto un nieto de Vicente Rojo).

El año 2013 asiste al imparable ascenso del personaje. En mayo la periodista Tereixa Constenla, en «Los viejos reporteros nunca mueren», recuerda los honores que se le han rendido hasta ese momento y anuncia la aparición del documental *El hombre que estaba allí*, de Daniel Suberviola y Luis Felipe Torrente, ambos licenciados en periodismo, relacionados con el grupo PRISA y autores de otro documental sobre Gonzalo Torrente Ballester, padre del segundo. Entre los entrevistados en el documental, aparte de la hija y de Maribel Cintas y Trapiello, Muñoz Molina y Reverte. El estreno tiene lugar en la Feria del Libro de Sevilla. Torrente recordó una vez más la frase de Chaves: «Cuando el Gobierno de la República abandonó su puesto y se marchó a Valencia, abandoné yo el mío. Ni una hora antes, ni una hora después. Mi condición de ciudadano de la República no me obligaba a más ni menos».⁶

Para Ana Carretero, que también informó sobre la aparición del documental, el periodista «fue condenado al ostracismo durante décadas por ambos bandos por perseguir la revolución del individuo». Según Torrente «era republicano y liberal convencido, pero no se alistó en ningún bando, tenía su propio bando. Previó que ambos bandos tenían planteamientos totalitarios de la vida común.

Estaba en la lista de fusilables de todos. Y murió enfermo y solo...». «Ocurrió que no le interesaba ni a la España franquista ni a los exiliados», concluye Luis Felipe Torrente.⁷

Por su parte Alejandro Ávila comenta la posibilidad de que *El hombre que estaba allí* se lleve un premio Goya en enero de 2014 (cosa que no ocurrió) y nos recuerda el papel de cada uno en el documental: la hija traza el perfil familiar, Maribel Cintas habla del periodista, Trapiello lo enmarca en su tiempo, Reverte habla del reportero y Muñoz Molina, como de costumbre, nos recuerda al «hombre libre y fiel a sus criterios morales en un momento en que las circunstancias exigían tomar partido por fascistas o por comunistas». El libro que acompaña al documental recoge las declaraciones completas de los mencionados. Por ejemplo, Muñoz llega a decir, probablemente sin pensar mucho lo que está diciendo: «En España está Manuel Chaves Nogales, en Inglaterra está George Orwell, y en la Unión Soviética está Vasily Grossman. No hay muchos más». La comparación resulta excesiva no solo por la dimensión e importancia de la obra de cada cual, sino porque relacionarlos por su crítica al comunismo oculta que Orwell y Grossman fueron hombres que se implicaron en las guerras que les tocó vivir, uno contra el fascismo en España y ambos contra el nazismo durante la Segunda Guerra Mundial. ¿Qué tiene que ver Chaves con los dos? Dicho de otra forma: Orwell dejó testimonio escrito de su intervención en la guerra civil española y en la mundial; Grossman hizo otro tanto con el cerco de Stalingrado y otros hechos relacionados con la segunda guerra que conoció de primera mano; Chaves, por más que luego escribiera sobre ello, no vivió el cerco a Madrid ni la guerra civil. La comparación carece de sentido alguno.

Figueredo, coproductor del documental, insiste en «esa capacidad para no mancharse de esas ideologías de principio del siglo xx a las que sucumbió Europa». Y concluye: «Fue una persona razonable y demócrata». Directores y productores de *El hombre que estaba allí* están convencidos de que la vida de Chaves «da para una película o para una serie entretenida y apasionante».⁸ El documental se presentó en Madrid el 18 de diciembre con la presencia de los directores, un nieto de Chaves, Trapiello y Reverte. En esta ocasión Trapiello se superó a sí mismo al decir que «la trayectoria de Chaves es equivalente a nuestra trayectoria como país».⁹ Reverte tampoco se queda atrás: «Chaves Nogales es el mejor periodista español del siglo xx».

Trapiello aprovecha ese momento de mayo de 2013 para recordar que él descubrió a Chaves, entendiéndolo por tal el prólogo de *A sangre y fuego* que reprodujo parcialmente en *Las armas y las letras* (1994).¹⁰ Y remacha: «No se parecía a nada ni le conocíamos a nadie un coraje semejante hablando de la guerra. Fue una conmoción. Era el eslabón perdido que habíamos estado buscando a ciegas durante años». Y a continuación aclaraba su importancia: «Chaves advirtió y denunció antes que nadie la semejanza del terror, que estaba siendo igual en uno y otro lado». Para Trapiello el «pecado» de Chaves «fue haber sido demócrata antes,

durante y después de la guerra, y si el 19 de julio el país dejó atrás la política, aprestándose a aniquilarse con saña feroz, eso hizo Chaves como narrador...». Además no hablaba desde la equidistancia, sino desde la verdad. Para Trapiello quienes como Chaves

no eran reaccionarios ni revolucionarios, solo tenían dos opciones. Al igual que al personaje de otro de sus relatos, solo le quedaba o morir, batiéndose por una causa que no era suya, o marcharse, y esto hizo él, buscando un lugar donde ser libre. Ni unos ni otros le perdonarán sus escritos, confirmando que si algo detestaba más que ninguna otra cosa cada uno de los dos bandos no era el bando contrario, sino cualquiera que se resistiese a pertenecer a uno de ellos.

Resulta evidente que Trapiello necesitaba el prólogo de Chaves para reafirmarse en la línea que lleva desde sus comienzos. Y esto hasta tal punto que, salvo el prólogo, casi todo lo demás sobra. Veamos otro caso. *La defensa de Madrid* constituye un canto novelado a la valentía de quienes a partir del 7 de noviembre se enfrentaron y pararon el avance de las columnas fascistas. Sin embargo, salta a la vista que el capítulo xvii, el último, titulado «La guerra estúpida», está escrito en otro tono muy diferente. Algo ha cambiado en Chaves. Pues bien, este es precisamente el capítulo que Trapiello escoge para demostrar que, al escribirlo, su autor estaba nada menos que firmando «su sentencia de muerte civil y literaria»:

La verdad es ésta. Los heroicos y gloriosos ejércitos que lucharon en la Ciudad Universitaria estaban formados por la escoria del mundo. Basta fijar los ojos en la lista de las fuerzas que los componían. Frente a la «Brigada Internacional» de los rojos, la «Novena Bandera» del Tercio Extranjero de los blancos, una y otra receptáculo de todos los criminales aventureros y desesperados de Europa.

Unas líneas atrás, en el mismo capítulo, ha escrito que en la Ciudad Universitaria «se hallaron frente a frente los hombres que representaban genuinamente las fuerzas de la destrucción de Europa, la horda que amenaza destruir nuestra civilización».¹¹ Sin embargo, en el capítulo v, «El trágico día D», Chaves se refiere al desastre que se habría producido si ese mismo día 7 de noviembre no hubiera llegado a Madrid «una tropa aguerrida con la que el enemigo no contaba: la Brigada Internacional» y dice:

Fueron solo tres mil quinientos hombres. Antiguos soldados de la Gran Guerra muchos de ellos; en su mayoría comunistas alemanes de la columna Thaelman y anarquistas italianos del Batallón Garibaldi; aquellos tres mil quinientos veteranos que sabían luchar en campo abierto, fueron los que, en la Casa de Campo, el Puente de los Franceses y la Ciudad Universitaria, se pegaron heroicamente al terreno y salvaron Madrid.¹²

¿Qué cambió en Chaves para pasar de los heroicos veteranos a la horda? ¿Acaso transcurre cierto tiempo entre la redacción del texto y el capítulo final? ¿Fue redactada especialmente para la edición mexicana? En la página 69, Chaves ha dado una pista para saber cuándo estaba escribiendo *La defensa de Madrid*: nos dice que la columna franquista que llegó al Hospital Clínico permanece entre sus escombros año y medio después. Esto significa que está escribiendo el relato en mayo de 1938. María Isabel Cintas nos cuenta en la nota a la edición última que la revista mexicana *Sucesos para todos*, dirigida por Gustavo Alatríste, la publicó en dieciséis entregas que incluyeron el capítulo XVII entre agosto y noviembre de ese año, y que el periódico británico *Evening Standard* lo dio a conocer en doce capítulos en enero de 1939 sin incluir el referido capítulo entre otros cambios.

Para Muñoz Molina, que prologa la edición de Renacimiento de *La defensa de Madrid* sin percatarse de que está ante una novela escrita por alguien que no ha vivido los hechos –*Las crónicas de la guerra civil*, editada por la misma editorial y en el mismo año, lleva prólogo de Santos Juliá– la cosa está clara:

La tristeza de Chaves Nogales, tan visible en todo lo que escribió sobre la guerra de España, venía de sospechar que la ruina del país y la muerte de tantos cientos de millares de personas había sido provocada no por la confrontación entre la libertad y la tiranía, la justicia y la opresión, sino por el choque irremediable entre los dos totalitarismo igualmente criminales.¹³

Ya vemos lo fácil que resulta reducir a la democracia republicana y al fascismo hispano en acción a «dos totalitarismo igualmente criminales». No resulta extraño tras lo dicho que la extrema derecha también quiera tomar parte en el festín. Para Javier Torres, de Intereconomía, es posible que Chaves Nogales acabe siendo más recordado por profeta que por periodista. Torres nos descubre sorprendentes aspectos desconocidos. Chaves «tardó poco en caerse del caballo de la II República, algo de lo que no tuvo dudas cuando vio renegar de la misma a los propios padres espirituales del régimen del 14 de abril: Gregorio Marañón, Ortega y Gasset y Ramón Pérez de Ayala». Así mismo, cree que «cuando estalló la Guerra Civil, aún tuvo fuerzas para retratar aquella España de trincheras con títulos como *A sangre y fuego* y *La España de Franco*». Por esta línea no resulta extraño que afirme –novedad absoluta– que Chaves marchó al exilio una vez «terminado el conflicto». El artículo llevaba por título «Las profecías de Chaves Nogales», una de las cuales era que en su entrevista con Goebbels profetizó el futuro de los judíos. Pero la mejor, sin duda, procedía de algo sacado del libro sobre Belmonte, en el que se leía: «Al final los socialistas acabarán prohibiendo los toros». Para Torres esta profecía se llevó a cabo en 2010 por el tripartito catalán.¹⁴

Pero hay más. Lo que nos quedaba por ver nos lo proporciona Javier Valenzuela desde *Infolibre* el 5 de febrero de 2014. Allí vemos una loa a Chaves y al periodismo. Lo paradójico es que proceda de un manipulador profesional como es el tal Valenzuela. En septiembre de 2008, cuando como historiador y en re-

presentación de las asociaciones de memoria histórica formé parte del grupo de asesores del juez Garzón, envié un artículo a *El País*, artículo que fue publicado después de ser retocado hasta cambiarle el sentido. Pedí ayuda al defensor del lector ante semejante atropello y pude enterarme finalmente que, antes de su publicación, el artículo había pasado por Javier Valenzuela, responsable del entuerto y con el que tuve ocasión de hablar por teléfono y percibir definitivamente el estilo del personaje.¹⁵ Lo que le faltaba a Chaves son las alabanzas de un manipulador profesional de prensa.

RESUMIENDO

Pongámoslo todo junto. A base de repetirlo se supone que debemos a Trapiello el descubrimiento del prólogo de *A sangre y fuego*. Da igual que estuviera publicado desde un año antes. Si este y sus fans lo dicen es que debe ser así. La situación de Chaves fue peor que la de los que ganaron o perdieron la guerra: comunistas y fascistas no le perdonaron las cosas que escribió. No existen pruebas de esto pero no queda mal decirlo. El referido prólogo cambió el modo de ver la guerra que se impuso nada menos que durante medio siglo, que se resumía en dos versiones: la comunista y la fascista. Probablemente quien escribió esto pensaba en comunistas como Brenan y Thomas. Sin embargo, Chaves es el primero que decide que la marcha del Gobierno a Valencia le permite a él salir del país. La República es bolchevique y va camino del soviét. La clave para entender al periodista es su sentido común y su clarividencia, que iluminó el futuro hasta hoy, hasta el punto de que cabe considerarlo profeta.

La derecha lo perseguía y la izquierda lo condenó a la hoguera, si bien nos quedamos sin saber quiénes formaron este tribunal. Chaves, que era razonable y democrata, contaba todo con dignidad y pasión, y se guiaba por la sensatez del republicano progresista fiel a la legalidad y enemigo de unos y de otros que fue. Su privilegiada inteligencia le permitió vislumbrar que el fascismo fracasaría. Supo elevarse sobre el clima extremista y ni se fue a un lado ni al otro. No se manchó con las ideologías del siglo xx. Él tenía su propio bando porque vio que los otros dos eran totalitarios y hubiesen acabado con su vida. Se puede entender que fuera condenado al ostracismo durante décadas por el franquismo, pero alguien nos debería explicar en qué consistió esa condena por parte del «bando republicano». El famoso prólogo viene a ser el «eslabón perdido» que los de la «tercera España» buscaban y que demuestra, como era de esperar, que los bandos eran iguales.

Naturalmente, habría otra forma de verlo. Es obvio que Manuel Chaves Nogales no tiene la culpa de la cantidad de ocurrencias que se están diciendo a su costa. Está claro que cierta gente, cada uno por sus motivos, entre ellos los de la «tercera España», necesitaban un personaje como Chaves Nogales, un buen

periodista y escritor republicano, para decirnos una vez más parte de lo que el franquismo propagó durante décadas para justificar la barbarie golpista y el nuevo discurso que se nos contó desde la transición: que hay que olvidar, que ambos bandos fueron iguales, que los problemas comenzaron ya en el 31, que la República fue de mal en peor hasta su final con el desastre de la guerra civil y que el sacrificio que el país hubo de afrontar, cuatro décadas de dictadura, tuvo su fruto: el retorno a la democracia.

VOLVIENDO AL PRINCIPIO

*Mi mayor alegría será correr la misma suerte que los demás;
recobrar la libertad y el derecho a vivir y a luchar por la República
al mismo tiempo que los demás prisioneros, o morir por ellos.*

Federico Angulo, militar y periodista,
detenido y asesinado en Burgos en 1938.

La primera edición de *A sangre y fuego* apareció en Chile en 1937. En España no vería la luz hasta que en 1993 María Isabel Cintas publicó la *Obra Narrativa Completa* de Chaves Nogales (Diputación de Sevilla). Recordemos que hasta ese momento, salvo por lo que se refiere al libro que dedicó a Belmonte, Chaves era un completo desconocido. Un año después, en 1994, ve la luz *Las armas y las letras*, de Trapiello, quien no solo se arroga su descubrimiento sino que lo explota hasta la saciedad con la ayuda de ciertos medios de comunicación. Ha quedado impresionado por los relatos de *A sangre y fuego* y muy especialmente por el prólogo. El hallazgo lo debe al librero sevillano Abelardo Linares, que es quien le proporciona el libro. Ya en aquel momento Trapiello se refiere a esos textos como escritos «con una libertad que es infrecuente encontrar en uno o en otro bando. Ni siquiera en los independientes» y afirma: «Alguien del talante profundamente democrático de Chaves, tan antifascista como anticomunista, no tenía mucho que hacer en Madrid».¹⁶ Buena parte del prólogo se reproduce en el espacio dedicado a Chaves. ¿Por qué le interesa tanto el prólogo?

En este momento puede resultar curioso ir hacia atrás. En 1986 se publicó un libro de esos que no salían comentados en el suplemento de libros de *El País*. Me refiero a *Literatura fascista española*, de Julio Rodríguez-Puértolas (Akal). Su pecado fue romper un pacto no escrito: el libro era un compendio de los escritores que prestaron su apoyo al fascismo español, acompañado por una amplia selección de textos. En el preámbulo del libro, Rodríguez-Puértolas aludía al *revival* de reediciones de obras fascistas que se estaba produciendo desde 1983, obras comentadas especialmente por *El País*, donde Pere Gimferrer recomendaba abiertamente la lectura de Foxá, Sánchez-Mazas, Mourlane, Del Valle y D'Ors y donde

poco después Francisco Vega Díaz añadía a Ridruejo, Torrente, Tovar, Rosales, Vivanco y Laín. Concretamente la fijación del periódico –ya entonces estaban en marcha las operaciones internas que al año siguiente llevarían a Polanco a la creación del grupo PRISA– por el fascista Ridruejo, al que se viene a considerar uno de los pioneros de la democracia, resultaba obsesiva y nunca cesó. La biografía que de él hizo no hace mucho Jordi Gracia, otro afecto a Conte y Trapiello, en la que nada se dice de su vida anterior a 1942, viene a ser la culminación de esta línea.¹⁷ Gracia cree que el fascista soriano fue «el ideólogo de la democracia antes de la democracia».¹⁸ También un documental de 2005 de Jorge Martínez Reverte titulado «Dionisio Ridruejo: la forja de un demócrata». Está claro que algunos llevaban muy mal que se les recordara lo que habían hecho y escrito entre el 18 de julio del 36 y cierto momento de 1942 en que se vio que el nazi-fascismo había iniciado la caída. Incluso parece evidente que preferirían que la represión fascista hubiera seguido en el olvido.

En la sección de cultura destacaba Rafael Conte, de quien es conveniente leer sus memorias para conocer sus años de formación falangista, que ya en el 1984 puso en marcha una nueva sección titulada *Volver a leer* dedicada a Foxá, Agustí, Gironella y Sánchez Mazas, cuya obra más conocida sería comentada por diversos colaboradores. Rodríguez-Puértolas destaca a Trapiello, «editor él mismo de antiguos fascistas» (se refiere a la editorial Trieste y a Sánchez-Mazas y su *Rosa Krüger*), en su comentario sobre la novela *Madrid de corte a checa* (1938) de Agustín de Foxá, titulado «¿Quién piensa en el 36?» y en el que se leía:

Ha pasado, como pasaron las otras guerras, civiles y carlistas. Se las llevó el tiempo. Y solo permanecen algunos nombres y algunas de sus obras. El de Foxá, seguro. El de su novela, siempre.¹⁹

Desde luego no imaginaba Trapiello lo que le esperaba. Quién le iba a decir que en 2013 seguiría pensando en el 36. Por otro lado, no deja de llamar la atención la decidida apuesta de Trapiello, a sus casi treinta años, por el conde de Foxá y su repulsiva novela, a la que, en la onda abierta por Conte, consideraba «una de las más brillantes sobre la guerra civil española de 1936».²⁰ El camino que lleva del fascista Foxá al republicano Chaves Nogales, el «eslabón perdido», no es otro que el que le permite poner como ejemplo a Foxá. Tampoco se quedó atrás Jordi Gracia cuando no hace mucho relacionó a Foxá con Valle-Inclán.²¹

Volvamos al prólogo de *A sangre y fuego*. Está escrito desde su exilio francés en los primeros meses de 1937, es decir, con la salida de España aún muy reciente. Se trata de un texto breve, unas páginas, muy bien escrito y, previsiblemente, muy meditado. Está dedicado íntegramente a justificar su salida de España; a las narraciones que siguen solo alude al final. Uno entiende su argumentación: no se encuentra a gusto en la nueva situación (recordemos que el comité obrero que tomó el poder en la empresa lo confirmó como director y que la Asociación de

Prensa de Madrid lo dio de baja al mes de haber abandonado sin previo aviso la redacción de *Ahora*, los nuevos modos le son ajenos y no encajan con su manera de ser. Evidentemente él era algo más que un «pequeñoburgués liberal», como se definió al comienzo del prólogo y tantos han repetido hasta la saciedad: los pequeñoburgueses no tenían a los hijos estudiando en Inglaterra ni veraneaban en Santander ni ganaban 2.500 o 3.000 pesetas al mes (diez veces más que un periodista de a pie o un simple oficinista; un obrero ganaba alrededor de 6 pesetas por día trabajado).²² Chaves Nogales fue en todo momento hombre demócrata y republicano, pero el mundo abierto a consecuencia del golpe militar lo descolocó. De pronto sintió que «todo estaba perdido y ya no había nada que salvar». La «humana carnicería» que tenía lugar a su alrededor, tanto por los bombardeos fascistas como por el terror de los *paseos*, lo ahogaba. En los casi cinco meses que pasó en Madrid tras el 18 de julio nadie lo molestó, pero él estaba convencido, al menos así lo sentía, de que tanto fascistas como revolucionarios lo consideraban «perfectamente fusilable». Si bien hay que decir que, dadas sus relaciones y contactos (del máximo nivel), es fácil suponer que de haber tenido un problema con los grupos dedicados a la caza humana hubiera recibido ayuda inmediata como sucedió en otros casos.

La noticia de que el Gobierno partía hacia Valencia antes del gran ataque a la capital lo decidió a hacer otro tanto, pero su viaje no paró en la capital levantina: entre la salida de Madrid el 6 de noviembre y la llegada a París transcurrió poco más de un mes. No existe prueba alguna de que entretanto volviera a Madrid. Pensaba que su «condición de ciudadano de la República Española» no le obligaba a permanecer ni una hora más en Madrid, pero prefiere no plantearse si esa misma condición le obligaba a permanecer en España. Desde París se reafirma o se intenta convencer de que «el resultado final de esta lucha no me preocupa demasiado. No me interesa saber que el futuro dictador de España va a salir de un lado u otro de las trincheras. Es igual». «Sea quien fuere, será un traidor a la causa que hoy defiende», divaga. Su desconocimiento de los sublevados le lleva a escribir: «Desde luego, no será ninguno de los líderes o caudillos que han provocado con su estupidez y su crueldad monstruosas este gran cataclismo de España».²³ Fueron estas negras reflexiones las que llevaron a Chaves al exilio.

Su decisión fue humana y no merma en nada su categoría personal ni la calidad de su obra, pero lo que no podemos hacer en modo alguno es convertirla en modelo ejemplar. Ninguno sabemos lo que haríamos en circunstancias parecidas, cuando el miedo y el terror nos atenazan. Digamos que Chaves Nogales, como otros muchos, optó por quitarse de en medio. Sin embargo, hay que decir que la «operación Chaves» encierra un desprecio absoluto por todos aquellos españoles que, desde diferentes posiciones ideológicas, defendieron la República hasta la derrota final. La condición de invisibilidad a la que algunos los han reducido resulta perturbadora.

LA «TERCERA ESPAÑA»

...en España tenemos idealizada la II República, porque lo que vino después fue una repugnante dictadura de 40 años. Ya tenemos bastante documentación para saber que en la República no todo era perfecto.

Alfonso Guerra (*Público*, 01/06/2013)

Tomé partido por instinto. No estaba seguro. Yo soy un hombre de orden, una persona tranquila. Usted vio Madrid en aquellos momentos. Para un profesor de Facultad aquello no era un espectáculo agradable, pero ¿quién empezó? Repito, yo soy un hombre de orden.

Juan Negrín (Carta a Louis Henry Morel, agosto 1936, «Ciudadano Negrín»).

La «tercera España» no existe. Se trata de un invento para poder clasificar a aquellos que no tenían muy claro qué opción tomar y también a los que por los avatares de la política republicana podían tener problemas estuvieran donde estuvieran (pienso fundamentalmente en gente como Eloy Vaquero, del Partido Radical, Filiberto Villalobos, del Partido Liberal Demócrata, o incluso en Manuel Giménez Fernández, de la CEDA).²⁴ Desde luego no imagino a Manuel Chaves Nogales en compañía de Ortega, Marañón o Pérez de Ayala, los supuestos representantes oficiales de la «tercera España». Y mucho menos volviendo, como ellos, al redil franquista unos años después. En una entrevista reciente, Trapiello mantuvo que Chaves hubiera estado en el bando de Juan Ramón, Clara Campoamor, José Castillejo o Unamuno, a los que de haber podido también hubieran acompañado los Machado, Azorín, Baroja, Ortega, Ramón Gómez de la Serna o Luis Cernuda. Y concluía: «La tercera España, que justamente fue silenciosa por silenciada». Como diría El Roto: «¡Qué claridad de confusión!». Ya sabemos que Trapiello y otros como él disfrutarían pudiendo apropiarse para la «tercera España» de Antonio Machado o Luis Cernuda, pero no pueden. De ahí la importancia del «eslabón perdido». Curiosamente Ridruejo reconoce en el libro que prologó sobre la poesía completa de Machado en 1940 que desde Burgos, durante la guerra, cuando recibían revistas con textos del poeta se esforzaban por encontrar su propio mundo conceptual y no el de los rojos. Y añade: «Recuerdo haber saltado de gozo una vez, con otros falangistas, al descubrir un artículo que era –hasta en el vocabulario y en el estilo– del todo atribuible a nuestra fuente más pura. *Hay que rescatarlo*, decíamos nosotros con emoción y dolor». ²⁵ Debió existir gran similitud entre la dos escenas: Ridruejo y sus camaradas descubriendo a *su* Machado y Trapiello y sus colegas descubriendo a *su* Chaves. Cada uno con su «eslabón perdido».

La realidad es más simple. En 1936 había dos Españas: la del Gobierno legal surgido de las elecciones generales de febrero y la del golpe militar del 18 de

julio. La terrible agresión fascista conmocionó y quebró el Estado, que vio cómo en cuestión de semanas más de medio país caía en manos de los sublevados, que estaban aplicando un calculado plan de exterminio desde el primer momento. Sin embargo, allí donde el golpe fracasa o es sofocado por el pueblo en armas se abre un proceso revolucionario de consecuencias imprevisibles que tardará varios meses en ser controlado por los gobiernos republicanos que afrontaron la nueva situación. Quiero decir con esto que los responsables primeros de lo que pasó fueron los que iniciaron la agresión abriendo la cadena de violencia. La República fue la víctima de ese ataque, al que tuvo que responder entre múltiples dificultades.

La verdadera España, como decía Max Aub en el texto que abre el artículo, estaba en aquellos que se quedaron y lucharon para impedir que los sueños de la victoria electoral de febrero de 1936 y del programa del Frente Popular fueran arrasados por el fascismo. Los de la «tercera España» nos quieren convencer de que las opciones eran el fascio o el soviét, o lo que es peor: que, en definitiva, daba igual ser fascista que rojo. Lo primero es cierto: los golpistas y sus actos y planes auguraban lo que luego pasó: un país bajo la bota del fascismo. Sin embargo, cualquiera que haya leído un poco sobre represión franquista y consejos de guerra, sabe que la República en guerra no tenía por qué conducir a soviét alguno y que su último presidente del Gobierno, Juan Negrín, no estuvo nunca a las órdenes de Moscú. Es cuestión de leer, como dice Muñoz Molina que él hace, y no estaría mal que empezaran por los trabajos que Ángel Viñas lleva publicando sobre la República y la guerra civil en los últimos años.²⁶

Por otra parte constituye una simplificación inaceptable reducirlo todo a comunismo. La importante presencia de los comunistas no debe hacernos perder de vista que la República fue defendida por personas de todas las tendencias ideológicas que habían integrado el Frente Popular. En el archivo de Salamanca quedan miles de fichas de los muertos causados en los frentes. Observen los de la «tercera España» la procedencia política y sindical de los de Andalucía:

ORGANIZACION	Nº de afiliados
Juventud Socialista Unificada (JSU)	963
Partido Comunista de España (PCE)	840
Partido Socialista Obrero Español (PSOE)	568
Izquierda Republicana (IR)	102
Juventudes Libertarias (J.L.L.)	36
Unión Republicana (UR)	35
Partido Republicano Democrático Federal (PRDF)	10
Federación Anarquista Ibérica (FAI)	9
Juventudes de Izquierda Republicana (J.I.R.)	7
Otras organizaciones	20
Total	2.590

AFILIACIÓN SINDICAL	Número
Unión General de Trabajadores (UGT)	3.990
Confederación Nacional del Trabajo (CNT)	1.570
Otros sindicatos	16
No afiliados sindicalmente	2.659
Total	8.235

Añadiré otro dato más. Una investigación parcial (1.197 casos) de los andaluces miembros del V Regimiento nos dice que 9 eran del PCE, 43 de la JSU, 45 del PSOE, 20 de IR, 2 de UR y 5 de otros grupos. Y en cuanto a sindicación, 709 era de la UGT, 180 de la CNT y 5 de otros sindicatos. Como se conoce la fecha de afiliación hay que añadir que la entrada masiva en el PCE se produjo especialmente en 1937.²⁷ ¿Dónde está pues el soviét? Me parece que solo en la cabeza de los que quieren convertir lo ocurrido en España en una lucha entre el comunismo y el fascismo, y no entre la democracia y el fascismo como realmente fue.

Carece de sentido plantearse qué habría sido de Chaves Nogales si no se hubiera marchado. Pero al menos sí sabemos lo que fue de otros periodistas. Pondré un ejemplo. Antonio Otero Seco (Cabeza del Buey, Badajoz, 1905–Rennes, Bretaña, 1971), periodista y escritor como Chaves, además de poeta, pudo coger como otros un camión a Valencia, pero finalmente decidió quedarse y pasó la guerra en Madrid. Su amigo Jesús Izcaray salió de la capital en el mismo coche que llevaba a Chaves Nogales. Otero fue objeto de una grave acusación: haber escrito un artículo muy duro sobre quienes habían buscado refugio en las embajadas. Tenía además otro problema: en abril de 1937 había presentado acompañado del general Miaja y del coronel Rojo su novela *Gavroche en el parapeto*, un canto a la resistencia escrito en colaboración con su amigo el comandante de milicias Elías Palma Ortega. *Gavroche en el parapeto*, dedicado a los militares aludidos, a Ramón González Peña, a los milicianos y al pueblo de Madrid y a las mujeres que tan firmemente soportaban los desastres de la guerra, fue considerado por Juan Ferragut en el *Mundo Gráfico* de 21 de abril como «el primer libro de la epopeya». Su título aludía a un personaje de *Los miserables* de Víctor Hugo, el muchacho que en plena lucha recogía las balas para entregárselas a los defensores de las libertades de Francia.

Otero, detenido poco después de la ocupación de Madrid, pasó por consejo de guerra al año siguiente, acusado de adhesión a la rebelión con circunstancias agravantes de perversidad. El fiscal solicitó pena de muerte y el defensor la pena inferior, treinta años, que fue finalmente la que le cayó. Así fue como de Porlier pasó a El Dueso, donde a fines de 1941 recibió los beneficios de la prisión atenuada. Cerradas todas las puertas para trabajar como periodista, malvivió con diversos trabajos durante unos años hasta que en 1947 decidió marcharse a Francia. Tras unos años duros en París, Otero, que tenía formación universitaria,

empezó como lector de español y acabó dando clases de literatura española en la Universidad de Rennes y comentando literatura española en *Le Monde*. Una placa en la biblioteca de la sección de español de dicha universidad lo recuerda así: «Antonio Otero Seco, español, liberal, republicano, nacido en 1905, fue poeta, periodista y crítico literario; exiliado en 1947, enseñó el español desde 1952 en esta Universidad y murió de nostalgia y lejanía».

Hombre contrario a toda violencia, entre 1936 y 1939, Otero Seco, que procedía de una familia de la burguesía liberal y nunca perteneció a ningún partido político si bien ingresó en la UGT en el 37, ayudó a colegas que se vieron en apuros, acudiendo a las llamadas que recibía de ellos o de sus abogados o incluso prestándose a declarar en los juicios a los que algunos fueron sometidos. Este fue el caso –lo menciono por ser el más conocido– de Luis González de Linares, director de *Mundo Gráfico* en 1936 y más tarde uno de los fundadores del diario *Madrid* y director de *Semana*. Otero era consciente de los crímenes que estaban ocurriendo en Madrid, pero no por eso dejó de creer en la República ni de saber dónde estaba su sitio.²⁸ Muy poca gente conoce a Otero Seco y su extensa obra. ¿Acaso esto significa que existió una confabulación por parte de *rojos* y *azules* contra él como se quiere hacer creer en el caso de Chaves? Esto no se sostiene. Los escritores del exilio, con cientos de obras a sus espaldas, son, salvo excepción, unos completos olvidados.

La lista podría ser extensa. A modo de muestra, entre los periodistas de los diarios más importantes que decidieron permanecer con la República hasta su final se encuentran nombres importantes como Eduardo de Guzmán (le fue conmutada la pena de muerte y pasó nueve años en prisión), Jaime Menéndez Fernández (tras cinco años en la cárcel en 1944 marchó a trabajar al diario *España* de Tánger), Eduardo Haro Delage (otro al que le fue conmutada la pena de muerte), Juan Antonio Cabeza Canteli (condenado a muerte entre 1938 y 1941, en que le fue conmutada; salió entonces de la cárcel y se incorporó al diario *España* de Tánger), Valentín Gutiérrez de Miguel (la pena de muerte le fue conmutada), Ángel María de Lera (pena de muerte conmutada; estuvo preso desde 1939 hasta 1947), Diego San José de la Torre (por su firme republicanismo y por haber sido jefe de prensa de la Dirección General de Seguridad fue condenado a muerte, librándose por un militar que admiraba sus novelas; a sus 55 años pasó cinco entre la isla de San Simón y Vigo) o el conocido dibujante José Robledano (tras serle conmutada la pena de muerte salió de prisión en 1944; realizó impresionantes dibujos de su paso por las prisiones franquistas).

Otros consiguieron marchar al exilio en 1939: Emilio Ayensa (México), Juan González Olmedilla (sevillano como Chaves partió también a Francia a fines de 1936, pero luego siguió a Argentina), Manuel D. Benavides (compañero de Chaves en *Ahora*; acabó en México) o Jesús Yzcaray Cabriano (pasó a Francia y de allí a México en el *Sinaia*). También hay que recordar a algunos de los que fueron asesinados: a Augusto Vivero Rodríguez no le perdonaron haber dirigido el *ABC*

republicano; a Javier Bueno se la tenían jurada desde 1934; a Julián Zugazagoitia y Francisco Cruz Salido, director y redactor jefe respectivamente de *El Socialista*, entregados por los nazis, solo les podía esperar la muerte. Caso aparte sería el de Mauro Bajatierra, muerto en el 1939 durante un cruce de disparos con los falangistas que fueron a detenerlo.

Sin que ello suponga menoscabo alguno para Chaves Nogales, parece lógico pensar que, a la hora de resaltar a quienes más estuvieron a la altura de las circunstancias, nos decidiéramos por algunos de los mencionados, que aguantaron hasta el último momento cumpliendo con su deber y afrontaron con admirable valentía la brutalidad y arbitrariedad de los tribunales franquistas. Ellos, independientemente de su militancia, forman parte de la primera España, que no es otra que la que representaba la República y el gobierno salido de las urnas en febrero del 36. Por otra parte, aunque es sabido que las suposiciones sirven de poco en historia, me atrevería a decir que es muy probable que Chaves Nogales, de haber seguido en Madrid, dado el perfil burgués y políticamente moderado que ofrecía dentro de su firme republicanismo, hubiera corrido la suerte del primer grupo. Otra cosa muy diferente hubiera sido que el fin de semana en que se produjo el golpe militar Chaves Nogales hubiera estado en Sevilla. De los casos antes mencionados son los periodistas relacionados con periódicos marcadamente izquierdistas los que corrieron peor suerte. La mayor parte de ellos fueron condenados a muerte, pero la política de conmutaciones, perfectamente planificada, marcaba la línea divisoria. Y es que, aunque Franco alguna vez dijera que si hacía falta lo haría, no podía aniquilar a medio país.²⁹

NI LITERATURA NI HISTORIA

*Un pueblo se construye cuando es capaz de olvidar todo lo desagradable
y recordar lo agradable. Las memorias históricas que consisten
en desenterrar muertos son negativas.*

Miguel Herrero Rodríguez de Miñón
(www.diarioinformacion.com, 20/05/2012)

Muñoz Molina piensa que la República «era un bando muy caótico» y que «por eso, en parte, se pierde la guerra». Y añadía: «Se empeñaron casi en perderla. Es muy fácil saber eso. Lo único que hay que hacer es leer». La cosa es simple. Dice que sus guías para la novela *La noche de los tiempos* habían sido, entre otros, Barea, Zugazagoitia, Max Aub, Indalecio Prieto, Azaña, Moreno Villa o Chaves Nogales. Curiosamente, salvo Chaves y Moreno Villa, ninguno de ellos decidió abandonar el país hasta que la derrota final los expulsó. Muñoz declara que él no sabe lo que habría hecho en unas circunstancias como aquellas, pero el protagonista de su novela, un arquitecto educado en Alemania, decide abandonar el país.³⁰

Al escritor jiennense le irrita el maniqueísmo existente sobre la guerra civil: «Es insostenible la división entre buenos y malos».³¹ Para Muñoz y Trapiello es muy fácil: había *dos bandos* (para ellos el gobierno legal salido de las urnas era *un bando*) y en ambos había *buenos y malos*.

El referido arquitecto tiene que exiliarse debido «al miedo a morir a mano de uno de los dos bandos de la guerra». Afirma Muñoz que lo que más le ha valido han sido los periódicos de la época: «Ha sido interesantísimo, porque ves cómo las personas vivían las cosas, que es muy distinto a cómo las recuerda el historiador». El pasado se conoce perfectamente, «lo que ocurre es que hay continuas utilidades políticas de ese pasado y un interés en tergiversarlo. El pasado hay que conocerlo y una vez que lo conoces hay que dejar de utilizarlo como arma arrojada. No se puede sacrificar el pasado en nombre del presente».³² Muñoz deja claro que tiene «disciplina mental de historiador, me he informado con libros de historia y con ensayos». Y aclara: «Lo que yo quería era escribir una novela que tratase sobre lo que sienten las personas, no sobre las categorías ideológicas que se imponen a posteriori. Lo que me interesaba era contar una historia real, de gente verdadera...». Y por eso se inventó al arquitecto que se va a Pensilvania. Y es que Muñoz Molina tiene muy claro que no le interesa hacer ideología, sino contar cosas. Lo de la ideología solo afecta a los demás.

Sin embargo, a veces, aunque lo que él tenga son estudios de arte y periodismo, le falla esa disciplina mental de historiador de la que habla. En 1995, quince años después de haber hecho el servicio militar (1979-1980), Muñoz Molina decidió novelarlo en *Ardor guerrero*. No cabe ahí distinguir entre verdad y ficción, pero al menos queda claro, en referencia a su experiencia militar, «el desastre en medio del cual nos acostumbramos a vivir». Un año antes, en un breve artículo titulado «Incertidumbres militares», como justificando el hecho de haber pasado por la férula militar, se permitió afirmar que cuando él hizo la mili «solo alegaban objeción de conciencia los testigos de Jehová, y lo que ahora se llama insumisión le habría acarreado a cualquiera una condena tremenda en prisiones militares...».³³

Muñoz Molina no sabía de lo que hablaba. Incluso poco antes de que se aprobara la Constitución en diciembre de 1978 hubo quienes se negaron a hacer el servicio militar en el mismo momento en que debían incorporarse y se marcharon de vuelta a casa sin saber muy bien en qué quedaría aquello. Por si fuera poco, unos meses después la Constitución admitió el derecho a objetar, con lo cual el que fue al servicio militar a fines de 1979, caso de Muñoz, fue porque quiso, no porque le esperaran mazmorras «parecidas a las de *El conde de Montecristo*». Queda esto muy novelesco, pero resulta muy poco histórico. Otra muy diferente hubiera sido la novela si Muñoz Molina hubiera optado por prescindir del obligado ritual militar.³⁴

Trapiello tiene otra trayectoria. Este desde el principio dejó claras sus intenciones. Desde su biliosa visión de su inacabada etapa universitaria en el Vallado-

lid de los años setenta –cosa propia de un converso procedente del comunismo estalinista y maoísta como es su caso– hasta su rechazo visceral del movimiento pro memoria histórica pasando por acumular anecdótico (a saber si verdadero o falso) sobre el mundo cultural y literario de los años treinta o por la conversión en vulgares criminales de algunos de los que opusieron resistencia armada a la dictadura. De esta última novela, *La noche de los cuatro caminos*, declaró que era «una historia que se explicaba por sí sola, que no hace falta ponerle ideología». Otro que huye de la ideología.³⁵

Lo cual es llamativo si tenemos en cuenta la obsesión que tiene por todo lo que huele a izquierdas. Una idea que repite de manera machacona es que los escritores del bando vencedor ganaron la guerra pero perdieron los manuales. Se ve que se ha olvidado de los manuales o que solo se acuerda de aquellos que ya bien avanzados los años sesenta dieron entrada a algunos de los olvidados. Obsesión que se extiende a la injusticia que se ha cometido con los literatos pertenecientes al mundo de los vencedores de la guerra civil, relegados a un segundo plano por otros escritores mediocres cuyo único mérito fue haber quedado del lado de los perdedores. Trapiello es de los que piensa que la España de hoy es mucho más democrática de lo que lo era en la Segunda República, con lo cual parece seguir la idea de Santos Juliá, gran inspirador de todas estas corrientes, en el sentido de que la democracia republicana solo tenía valor de uso instrumental. Una democracia de *baja calidad*.

Según Trapiello los escritores de izquierdas y de derechas querían la guerra: «no luchaban por una utopía, sino por unas revoluciones triunfantes de las que tenían ejemplos: la URSS en un lado y Alemania e Italia en el otro. Pero la inmensa mayoría, la tercera España, no quería la guerra».³⁶ Por otro lado, ni todos los que estuvieron con la República «defendían los valores de la ilustración» ni todos los que estuvieron contra ella eran enemigos de la ilustración. Propaganda aparte, «el tiempo nos hizo ver que entre los dos extremos, una radicalización republicana y una radicalización fascista, había una extensa zona que hemos dado en llamar la Tercera España». Su intuición le lleva a afirmar que si los españoles hubieran podido elegir «bando» pocos habría elegido el que le tocó sino otro: la «tercera España», en la que había gente de derechas y de izquierdas.³⁷ O también que «entre los hunos y los hotros estaba la inmensa mayoría, la primera que cayó en la guerra, junto a la verdad».³⁸

Las armas y las letras (Planeta, 1994) ha tenido un problema desde siempre: un libro que se basa en lo que unos dicen de otros necesita referencias. Trapiello reconoce en el prólogo que el libro no es de historia, lo cual lo exime de la norma que exigía el gran historiador Marc Bloch: el lector tiene derecho a saber «cómo puedo saber lo que voy a decir». Desde esta óptica el libro es una gran recopilación de datos y cotilleos. En teoría debería recoger las vicisitudes de los escritores de ambas zonas. En la práctica el autor no puede evitar su querencia por derechistas y fascistas y, por más que a veces lo disimule, su desapego por la gente de

izquierdas. En ciertas ocasiones el libro de Trapiello, que en realidad parece una respuesta a *Literatura fascista española*, de Julio Rodríguez-Puértolas, publicado ocho años antes, recuerda lo que hizo Moa en *Los personajes de la República vistos por ellos mismos* (Encuentro, 2000).³⁹

Por lo demás, en el capítulo primero, Trapiello acepta como «plausible» la interpretación que de la guerra civil dio Burnett Bolloten en *El gran engaño*, que en resumen viene a decir que la guerra civil fue consecuencia de dos revoluciones de signo contrario. Es posible que no sepa quién fue Bolloten, pero muchos sí lo sabemos. Su libro, publicado en Londres en 1961, salió inmediatamente en España en edición patrocinada por Manuel Fraga, por entonces director del Instituto de Estudios Políticos. Hasta Ricardo de la Cierva se deshizo en alabanzas. Pero fue esta visión visceralmente antirrepublicana –Bolloten pensaba que el enemigo del pueblo español no era Franco sino los antifascistas–, la que pareció «plausible» a Trapiello.⁴⁰

TRAPIELLO Y LA MEMORIA HISTÓRICA

Una de las conquistas del Poder es haber convertido la historia en un viejo armario lleno de polvo por el que nadie se interesa.

Darío Fo⁴¹

Pero quiero centrarme en su última novela, por llamarla de alguna manera: *Ayer no más* (Destino, 2012), que en realidad puede ser considerado un panfletillo novelado contra la memoria histórica. Trapiello está convencido de la superioridad de la novela sobre la historia. Quizás por ello convierte en historiador al protagonista de la novela, aunque en realidad no haga falta ser Holmes para saber que se trata de un trasunto de él mismo. En pocas palabras trata de un profesor de universidad metido también en la memoria histórica que descubre que su padre, antiguo falangista (como el de Trapiello), participó en un asesinato, por lo que debe elegir entre la verdad o el amor filial. Quizás por ser de pueblo (su tío era el cura, alférez provisional durante la guerra) le preocupan estos lugares donde todo se sabe: «Sí, a tu padre lo mataron, pero él antes asesinó a otros, no puedes pretender que se le exonere de toda culpa solo porque lo mató Franco». Esta duda le obsesiona y la repite sin cesar. Tampoco hay que dar por supuesto que la gente murió por la democracia y la libertad. «Pues no, seguramente no murió defendiendo nada, lo mataron directamente y punto. Y quizás si le hubieran dado la posibilidad de pasarse a los falangistas con tal de salvar la vida, pues habría luchado contra la libertad y la democracia. Y al revés. Eso es lo que hace complejo el asunto». Además, «la empatía tiene un efecto perverso: la facilidad con la que todo el mundo se convierte en víctima, ofendido en cabeza ajena y, por tanto, acreedor de la razón moral». No le gusta la que ha venido en llamarse

Ley de Memoria Histórica, ya que ha reparado algunas víctimas, «pero a veces a esas reparaciones han venido aparejadas otros agravios» o se han hecho «a costa de agraviar a otras víctimas anteriores»⁴². Garzón hizo mal rechazando el recurso de las víctimas de Paracuellos: «no hay víctimas del franquismo y víctimas de la República, hay víctimas y punto».

Como no podía ser de otra forma Trapiello no cree en la memoria colectiva. Solo recuerdan los individuos. Pide cautela, porque la gente recuerda a su manera y además miente. El escritor está de acuerdo con las exhumaciones, pero advierte de nuevo de la posibilidad de que las víctimas enterradas puedan ser a su vez asesinos. Dice que no debe quedar un muerto en las cunetas, cosa que ya admite hasta la Conferencia Episcopal. El argumento de que los otros ya tuvieron su Causa General no le vale, ya que, por ejemplo, de un tío de su mujer asesinado en Madrid no se sabe nada. El historiador que lo habita le lleva a decir que la Causa General «se hizo de manera atropellada y poco fiable». Además, le gustaría que los historiadores de izquierda la estudiaran, cosa que por lo visto no han hecho. La historia no tiene argumentos; sus libros sí. «Lo que necesitamos es que todos estudien todo, y todos honren la memoria de los inocentes, y todos reprueben a los criminales de ambos bandos con parecida determinación».⁴³ Cree también que «si la memoria lo que sirve es para el resentimiento y no para encontrar la verdad y buscar con ella la justicia, realmente la historia daña la vida y nos impide vivir».⁴⁴ Tendemos a buscar la paz y esta solo es posible a través del olvido, concluye.

Trapiello está obsesionado con la historia y los historiadores. Insiste en lo que no se aprende en los libros de historia y en que el error de los historiadores ha sido interpretar los hechos a partir de dos bandos, buenos y malos, unos progresistas y otros reaccionarios. Según él «un historiador es alguien que mira las cosas a la distancia justa, (...), buscando el equilibrio» (pág. 143). Pero su segunda obsesión es la memoria histórica, que ridiculiza sin cesar y contra la que arremete venga o no a cuento, y a la que relaciona con oportunistas y con gente de la universidad, que solo buscan lucirse a costa de las víctimas y «ganar la guerra» con las fosas. Digamos que los de la Memoria Histórica son los que quieren llevar a cabo la venganza que los descendientes de las víctimas no pudieron cumplir. En realidad *Ayer no más* no es sino una gran burla sobre la historia y el movimiento pro memoria histórica:

la historia no tiene sentido, la historia no es un relato poético, la historia no tiene hechos que se concatenan unos con otros, que es lo contrario de la novela. En la novela los hechos suceden no como suceden en la historia, unos detrás de otros, sino unos como consecuencia de otros. Por tanto hay un desarrollo de sentido, y es la paradoja que al final la novela, el sentido de la novela, (...), nos ayuda a comprender por qué la historia no debe tener sentido, es decir, a denunciar las historias con sentido.⁴⁵

...la historia es una reconstrucción incompleta y problemática de lo que ya no es... la memoria colectiva deforma el pasado, omitiendo lo que no conviene recordar o alimentando los deseos de venganza... tengo mis sospechas de que la memoria histórica es, en la práctica, un intento de fundar el mito de una España superior a otra (pág. 141).

Todos los personajes relacionados con ambas cosas son ridículos. Los tópicos inundan el relato, como este tan socorrido de las ascuas: «Incluso personas ponderadas temen, (...), que el país vuelva a salir ardiendo por los cuatro costados. Bajo las frías cenizas de estos setenta años, quedan ascuas vivas que abrasan...» (pág. 150). El novelista se mofa de los argumentos favorables a la investigación de aquellos hechos y a la dignificación de la República. No todos los familiares de víctimas merecen reparación; ni siquiera ser oídas. Iguala la represión en ambas zonas en base a «la naturaleza del crimen», por más que en un lado cayesen muchos más que en el otro. Por otra parte no podía faltar la familia de derechas asesinada de la que no todos los restos fueron encontrados y cuyos asesinos son los que están sacando ahora de las fosas comunes. Así mata dos pájaros de un tiro: por un lado suelta (una vez más) que también los restos de las víctimas del *terror rojo* siguen sin encontrarse y por otro que los exhumados, aparte de víctimas, pueden ser asesinos.

Trapiello debería saber que, aunque los restos de algunas personas asesinadas no pudieron ser individualizados o localizados, la Causa General intentó hallarlos, como de hecho ocurrió con la mayoría. En cuanto a la idea fija de que los ahora exhumados pueden ser también asesinos muestra que no sabe de qué habla y, lo que es peor, una obsesión enfermiza que le lleva a dudar del derecho a la dignificación de las víctimas. Si observara el mapa de exhumaciones realizadas, vería que, casi en su totalidad, se han llevado a cabo en localidades donde no hubo violencia previa. ¿A quién asesinaron, pues? ¿Quién puede llamarlos asesinos antes de identificarlos? Esta idea es propia de la extrema derecha. Uno de los que la mantiene es el historiador y cura falangista Ángel D. Martín Rubio. Por este camino, cualquier día, el escritor leonés se va encontrar al falangista que lleva dentro.

Su ignorancia es estructural, lo cual no es de extrañar si pensamos que se trata de un profano en la materia. Mantiene, por ejemplo, que solo cuando intervino Garzón se empezaron a localizar y a abrir fosas, y se sirve de las ocurrencias de Savater para ir contra el juez. Llega a decir que «los derrotados hemos sido los hijos de los que hicieron la guerra: nunca conoceremos la verdad» (pág. 176). Desde luego si por él fuera nunca la conoceríamos. De paso, como ya hizo en *El buque fantasma* con sus compañeros de estudios, ahora imagina un departamento de historia en estado promiscuo, departamento al que –en su imaginación– ridiculiza por publicar un libro con las listas de víctimas y de asesinos y enviarlo al juzgado de Garzón.

Y cuando el protagonista conoce la fecha en la que ocurrió el hecho en que estuvo involucrado el padre dice: «Ya decía, deformación de historiador: (...), ¿Murió ese hombre por defender la República y la libertad?». Él propone que en la lápida debería leerse «Murió víctima del odio y la sinrazón española, ejecutado por pistoleros falangistas» (pág. 222). Trapiello ignora que los falangistas actuaban bajo órdenes de los militares, los verdaderos responsables de la represión. El escritor leonés es capaz de todo para conseguir que los investigadores de la novela queden mal. Sus preguntas asombran por la profundidad: «¿Te has preguntado alguna vez por qué razón desde el mismo 18 de julio la gente empieza como loca a asesinar?» (pág. 248). De nuevo le sale el historiador:

Si te vas a dedicar a la Guerra Civil no te fíes de nada ni de nadie, no creas lo que te cuenten ni lo que leas en los libros, en los periódicos, en los archivos... No he visto nunca nada en lo que la gente mienta más (pág. 259).

La conclusión es clara: «...para contar lo que sucedió no sirve la Historia, solo la novela puede hacer algo por la verdad. La verdad en una guerra no existe». O esta otra: «Han convertido los libros de Historia en una ficción y ahora tenemos que recurrir a la ficción para contar la historia. (...). Al menos nos quedan las novelas» (pág. 278). Y para arreglarlo añade que, como le explicaron en la carrera, un hecho puede probar una cosa y la contraria, según la habilidad del historiador. En la fajilla que recubría el libro se leía: «Hay hechos que solo se pueden contar en una novela». Le falta añadir: sobre todo cuando te los inventas. Alguien debería decirle a Trapiello que, en terrenos como el tratado, la realidad siempre supera a la ficción, como sabe cualquier historiador. Su historia del viejo falangista, un inocente pedazo de pan en el fondo, acusado de tomar parte en un crimen, y la del hijo profesor de historia universitario que finalmente opta por el amor filial, no es sino un pretexto para repetir y acumular todo tipo de tópicos contra la historia y contra el movimiento por la memoria histórica. Un panfleto disfrazado de novela.

El autor llega a plantear que la cuestión de fondo de la novela es: «¿Seguimos hablando de la guerra civil o pasamos la página? ¿Podemos pasar página?». Él saca una novela sobre la guerra civil, pero piensa que la gente está harta de novelas sobre la guerra civil y que desearía pasar página: «no podemos vivir eternamente en esta especie de memorando del resentimiento y de la guerra». Y vuelve a repetir: «el problema que tiene en España una novela sobre la guerra civil es que la gente está hasta el copete de novelas sobre la guerra civil y hasta el copete de escritores que escribimos sobre la guerra civil». ⁴⁶ Debe ser esta la razón que le llevó a escribir una novela sobre la guerra civil.

Por si fuera poco el espacio que ya ocupó la salida de la novela con entrevista a doble página y noticias relacionadas, *El País* incluyó también dos textos de Jordi Gracia sobre el libro. Para el biógrafo de Dionisio Ridruejo se trata sin duda de

«su mejor novela» y «la más autobiográfica». Sus claves: el talento y la valentía. «Esto no es una novela contra la memoria histórica sino contra la beatería interesada de la memoria histórica», dice Gracia. Se ve que van en el mismo barco.⁴⁷

REFLEXIONES FINALES

La memoria es una conquista frágil y siempre tiene enemigos al acecho.

Carlos Martín Beristain

Al contrario de lo que piensan algunos de los citados, la interpretación de la guerra civil fue controlada por la dictadura franquista hasta los años sesenta. Tres décadas. El control sobre *lo que debía saberse y decirse* de la guerra civil lo rompió la editorial Ruedo Ibérico desde París con tres títulos clave: *La guerra civil española*, de Hugh Thomas (1961), *El laberinto español*, de Gerald Brenan (1962) y *El mito de la cruzada de Franco*, de Herbert R. Southworth (1963). No hay exageración en decir que la historiografía franquista jamás se recuperó del golpe, por más que incluso se creara un departamento especial, al frente del cual Fraga Iribarne colocó a Ricardo de la Cierva, para contrarrestar la influencia de esas obras. Vano empeño.

La dictadura se eternizaba con un Franco ya caduco, los tiempos estaban cambiando y en los setenta se abrió un nuevo ciclo que duraría hasta los noventa y se prolongaría, con el surgimiento del movimiento en pro de la memoria histórica, hasta el final de la primera década del nuevo siglo. A grandes rasgos se puede decir que en los setenta se produjeron avances considerables en el estudio de la República y que a partir de finales de esa década y sobre todo desde los años ochenta comenzó a desvelarse la realidad de la llamada «guerra civil» o lo que un libro de los noventa llamó «el pasado oculto». Los vientos soplaban en esta dirección y, aunque buena parte de la universidad y amplios sectores sociales se hallaban aún sumidos en lo que se llamó el *franquismo sociológico*, lo cierto es que prevaleció un discurso favorable a la República y a las víctimas del golpe militar y a los perdedores de la guerra civil. Lo increíble es que todo ello se hizo desde la sociedad, ya que desde arriba (los 14 años de PSOE en el poder) se pensaba que lo mejor que se podía hacer con el pasado era olvidarlo.

Esta etapa, que se extiende, como se ha dicho, hasta la pasada década, coexiste a partir de fines de los años noventa, ya con el PP en el poder, con un serio intento de la derecha por recuperar el terreno perdido. Es la época dorada de los Moas y, en general, el momento del rearme de una derecha que se siente de nuevo poderosa ante el desastroso final de la etapa socialista y alarmada ante los primeros pasos del movimiento pro memoria (brigadistas, maquis, niños de Moscú...). El PSOE de los catorce años en el poder nunca fue ni pareció de izquierdas, pero la derecha, ya sin complejos y penetrando ampliamente en el campo

de la ultraderecha, va a mostrar hasta dónde se puede llegar. Son los años de la segunda legislatura del PP. Lo que hacen los revisionistas al servicio de la derecha es retomar los viejos tópicos franquistas y darles nueva apariencia. Se trata de una operación mediática en toda regla que viene a recordar a la gente *lo que ya sabía*. El intento de crear un discurso de izquierdas sobre el pasado reciente dura tan poco y encuentra tales limitaciones que resulta cada vez más visible que el peso del franquismo es mucho mayor de lo que pudiera parecer.⁴⁸

Entre el 2003 y el 2011, con el PSOE de nuevo en el poder, la derecha rechaza abiertamente todo lo que tenga que ver con la «memoria histórica», incluso el leve y un tanto confuso intento por parte del PSOE de poner en práctica cierta política de memoria. Se trata del viejo *acato pero no cumplo*. En esos años, en la segunda mitad de la década, se produce otro fenómeno que hay que señalar: desde diferentes departamentos universitarios se recoge el testigo de los revisionistas dando a los contenidos una envoltura académica. El retorno de la derecha al poder a fines de 2011 cierra el ciclo. Lo que haya de venir será de fuera; aquí todo sigue bien atado.

A partir de los setenta hay un tipo de lector universitario o simplemente interesado por la historia de los años treinta que sigue las novedades que se van produciendo. Este lector de ensayo, lector culto, irá reduciéndose con el tiempo (el lector universitario prácticamente desaparece), pero será el soporte de la gran actividad editorial de la década pasada. La prueba de su escasa implantación es que, sin gran dificultad, la «novela histórica» consigue imponerse a partir de los noventa y, en paralelo con el movimiento en pro de la memoria, ningún autor que se precie, por poco que tenga que decir, dejará de sacar su novelita sobre la guerra civil. Pensemos, por señalar una fecha clave y una novela que sí tenía fuerza, en la gran operación mediática que se puso en marcha en 2002 con *La voz dormida* de Dulce Chacón. Esto supone reconocer que el movimiento pro memoria estaba llegando a amplios sectores sociales, que oscilarán entre la novela, el cine y la televisión.

Buena parte de los trabajos sobre el golpe, la guerra y la represión que se editan en las tres últimas décadas están hechos con rigor y tienen calidad. Además están escritos con voluntad de llegar a la gente. Algunas editoriales, caso de Crítica, juegan un papel clave; otros trabajos han de moverse por el boca a boca o recurrir a la librería virtual Cazarabet, a la que tanto debemos investigadores y lectores. La historia, al contrario que la «novela histórica», no cuenta con el apoyo de los *media*. La novela antes aludida de Trapiello ha contado con numerosos espacios de propaganda. Esto nos lleva al funcionamiento de la industria editorial y a las operaciones mediáticas, con las conexiones entre editoriales, suplementos y cadenas de radio y televisión. En este sentido, como hemos visto, el papel de los periodistas es fundamental. Como normalmente no tienen tiempo de leer el libro a tratar, lo que suelen hacer es resumir el material que les manda la editorial o el autor, o convertirse en mero vocero de lo que dice este último.

Tanto Trapiello como Muñoz Molina cuentan con el grupo PRISA. *Babelia* puede considerarse como el suplemento de libros de un grupo de amiguetes. La evolución del suplemento de libros desde los primeros tiempos de *El País* a la actualidad representa bien la historia del periódico: de un suplemento para élites se ha pasado a una hojilla parroquial para *los nuestros*. En definitiva, ¿qué es en estos tiempos un escritor sin publicidad?

Es aquí donde encaja la «operación Chaves». El revisionismo no solo ha llegado a la historia. También la literatura aporta su cuota. Ahí tenemos a Muñoz con *La noche de los tiempos* y a Trapiello con *Ayer no más*. Y ahí tenemos a ambos y otros más intentando convencernos de que Manuel Chaves Nogales y algunos de sus escritos nos dan las claves de la guerra civil, al menos de la que imaginan gente como Muñoz y Trapiello, que ya sabemos que aunque escriben novelas son casi historiadores. El objetivo final, como el de los revisionistas, es ofrecer una visión negativa y caótica de la República y hacernos creer que la guerra, en la que todos fueron iguales, fue inevitable. Tienen mucho terreno ganado, porque lo que se nos viene diciendo desde la transición es precisamente eso. Chaves, al que llevan camino del santoral de la «tercera España»,⁴⁹ les permite no ya lo que nunca les permitirán sus admirados escritores fascistas, sino lo que jamás podrán extraer de las obras de gente como Aub, Machado o Cernuda.

Cierta historia académica, que se autodenomina «científica», ha establecido que buena parte de las investigaciones que se han hecho en estos años pasados sobre la destrucción de la República y la implantación del fascismo podría considerarse como «historia militante». Naturalmente, como suele pasar en estos casos, ellos solo perciben la militancia ajena. La Universidad, en general, rechaza actualmente esa «historia militante» como una rémora del antifranquismo o como fruto del movimiento por la memoria histórica, por el que, salvo alguna excepción, sienten un rechazo total. Tienen muy bien aprendido de sus maestros que historia y memoria son conceptos opuestos. La historia que algunos hicimos en las tres últimas décadas y el movimiento pro memoria, casi todo ello fruto del esfuerzo personal y de la firme voluntad de que el golpe y sus consecuencias no podían quedar bajo el manto del silencio y del olvido, fueron hechos para la sociedad. Parece que llega el fin del ciclo. De nuevo la Universidad se verá libre de intrusos y podrá recuperar con las nuevas promociones la paz y el sosiego del taller del historiador sin que otras voces alteren su delicada tarea. Como en un convento. En realidad, lo que dijo Darío Fo era cierto: la historia, aunque siempre haya excepciones, viene pudriéndose hace ya décadas en nuestras universidades. Lo que ha hecho la «historia militante» ha sido demostrar que se podía hacer de otra forma y, sobre todo, hacer historia de la gente para la gente.

NOTAS

1. Pese a las reticencias que su uso produce, el concepto revisionismo tienes dos acepciones, una positiva, que sería el simple hecho de revisar el pasado, tarea que nunca dejamos de hacer, y otra peyorativa que consistiría en la negación y manipulación de ese pasado con fines ajenos a la historia. Es concepto con suficiente tradición en la historiografía europea. Algunos prefieren el concepto negacionismo, que alude a quienes por diversos procedimientos niegan hechos que la historiografía ha demostrado. Ambos conceptos están estrechamente relacionados con la experiencia del holocausto. Personalmente creo que el primero contiene al segundo y permite un uso más amplio. Digamos que el negacionismo no es sino una más de las facetas del revisionismo.
2. Tomo la referencia de Ricardo Robledo, «Historia *científica* vs historia de combate. Sobre el revisionismo en la segunda república» (borrador inédito).
3. F. Espinosa Maestre, «La represión franquista: un combate por la historia y por la memoria», en F. Espinosa (coord.), *Violencia roja y azul. España, 1936-1953*, Barcelona, Crítica, 2010; «La guerra en torno a la historia que ha de quedar», en <www.hispanianova.es> (dossier nº 10, de 2012) y en la página web de Ruedo Ibérico: <www.ruedoiberico.org> (enero de 2012), y «¿Por qué podemos hablar de plan de exterminio?», en *Verdad, justicia y reparación. Actas del I Congreso de Víctimas del Franquismo*, Madrid, Atrapasueños, 2013.
4. *El País*, 7 y 11/3/2009.
5. *El País*, Babelia, 28/02/2009.
6. *El País*, 04/05/2013.
7. Ana Carretero, <www.diario.es>, 25/10/2013.
8. Alejandro Ávila, <www.diario.es>, 16/12/2013.
9. Consejería de Presidencia, Junta de Andalucía, 19/12/2013.
10. *El País*, 04/05/2013.
11. M. Chaves Nogales, *La defensa de Madrid*, Espuela de Plata, Sevilla, 2011, págs. 196-197.
12. *Ibid.*, pág. 76.
13. M. Chaves Nogales, *La defensa...*, pág. 11.
14. Javier Torres, *Intereconomía*, 03/11/2013.
15. F. Espinosa, «De fosas y desaparecidos», *El País*, 10/09/2008. Dos días después, tras mi queja y como si se hubiese tratado de un error, se aludió al caso en una «Fe de errores». Y once días después, el 21, el defensor del lector, José Miguel Larraya, le dedicó su sección dominical, detallando el caso pero justificando a Valenzuela. Resumidamente, la frase «El objetivo de este llamado movimiento por la memoria no son los responsables de los crímenes cometidos...» fue transformada en «El objetivo de este llamado movimiento por la memoria no es descubrir ni mucho menos castigar a los responsables de los crímenes cometidos...». Frase que para colmo fue convertida en subtítulo del artículo.
16. A. Trapiello, *Las armas y las letras*, Barcelona, Planeta, 1994, págs. 130-133.
17. J. Gracia, *La vida rescatada de Dionisio Ridruejo*, Barcelona, Anagrama, 2008.
18. *El País*, 28/11/2008.
19. J. Rodríguez-Puértolas, *Literatura fascista*, Madrid, Akal, 1986, págs. 11-13.
20. *Ibid.*, pág. 13.
21. J. Gracia, «Contra la nostalgia neofranquista», *El País*, 22/11/2013.
22. Tomo la información sobre su sueldo de M. Cintas, *Manuel Chaves Nogales. Obra periodística I*, Diputación de Sevilla, 1993, págs. LXXXVIII y LXXXIX. Lo que ganaban los de abajo me lo proporciona José María García Márquez.
23. Este desconocimiento se hará aún más patente a medida que se vaya alejando de España, primero en Francia y más tarde en Inglaterra, como puede verse en la selección de artículos reunidos por Maribel Cintas en *Crónicas de la guerra de España*, Espuela de Plata, 2011.
24. En relación con Chaves Nogales siempre se menciona a Clara Campoamor, radical de Lerroux hasta octubre de 1934, por su denuncia del clima de terror que se apoderó de Madrid a partir de la sublevación y por su decisión de abandonar el país en septiembre del 36. No se tiene en cuenta que Campoamor se encontraba para entonces tan alejada del proceso que estaba viviendo España que ni siquiera votó en las elecciones generales de febrero de 1936. Si en esa ocasión se marchó a Inglaterra, lo extraño es que permaneciera en España en los meses del Frente Popular. Véase su testimonio en C. Campoamor, *La revolución española vista por una republicana*, Sevilla, Espuela de Plata, 2005.
25. <Wordpress.com>, 08/03/2013. Me recuerda Luis Negró Acedo, autor de *Génesis del ideario franquista o la descerebración de España*, PUIV, Valencia, 2014, que ya Ridruejo, cuando prologó la poesía de Machado, intentó recuperarlo para el bando fascista diciendo que carecía de ideas políticas y que se dejó llevar por los acontecimientos. Allí también, Ridruejo, con cinismo insuperable, culpaba a «quienes tanto ruido y alharaca armaron en defensa de la *cultura occidental democrática*» del final del poeta sevillano (dicho prólogo, aparte de en el libro, se publicó en el primer número de la revista *Escorial* de noviembre de 1940, págs. 93-100, con el nombre «El poeta rescatado»).

26. Me refiero a *La soledad de la República, El escudo de la República, El honor de la República y La soledad de la República*, todas publicadas en Crítica en 2010.
27. J.M. García Márquez, *Trabajadores andaluces muertos y desaparecidos del Ejército Republicano (1936-1939)*, FUDEPA, Córdoba, 2009, págs. 24-25.
28. M. Á. Lama y F. Espinosa (eds.), *Antonio Otero Seco. Obra periodística y literaria (Antología)*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2008. Un caso poco común sería el del periodista gaditano Miguel Pérez Cordón, que en abril de 1937 denunció desde la prensa cenetista la existencia de una checa socialista en Murcia, consiguiendo su desarticulación aunque buscándose problemas diversos. Pérez Cordón desapareció en Cartagena a consecuencia de la guerra abierta tras el golpe de Casado (J. L. Gutiérrez Molina, *Casas Viejas. Del crimen a la esperanza*, Sevilla, Almuzara, 2008, págs. 210 y ss.).
29. La información relativa a los periodistas, revisada amablemente por Mirta Núñez Díaz-Balart, procede de diversos trabajos publicados en Internet por José Luis de Saralegui Rodrigo y de la página web <<http://www.sbhac.net/Republica/Prensa/Corresponsales/Corresponsales.htm>>.
30. Jesús Ruiz Mantilla, «Contra los fanatismos», *El País*, 21/11/2009. Se trata de una entrevista sobre *La noche de los tiempos*, la novela que acababa de publicar Muñoz Molina.
31. Tereixa Constenla, *El País*, 04/09/2009.
32. Paula Oller, <www.andaluciainformacion.es>, noviembre 2012.
33. A. Muñoz Molina, «Incertidumbres militares», en *Cuatro Semanas y Le Monde Diplomatique*, nº 15, abril de 1994, pág. 11. Según Wikipedia, Muñoz Molina nació el 10 de enero de 1956.
34. El que esto escribe se declaró objetor de conciencia el 4 de octubre de 1978 en el cuartel de Menacho de Badajoz cuando ya marchaba a su destino. De ahí que me llamara tanto la atención el artículo de Muñoz Molina.
35. *El País*, 25/05/2001.
36. *El País*, 08/01/2003.
37. *La Vanguardia*, 28/09/2012.
38. *El País*, 04/05/2013.
39. Con motivo de su reciente reedición pudimos leer en *El País* lo siguiente: «Trapiello asume que fue la República la depositaria de los principios de la Ilustración, pero ni cierra los ojos ante su deriva totalitaria ni ignora que en aquel charco de sangre hubo víctimas y verdugos –y escritores eximios– en ambas partes» (Á. L. Prieto de Paula, «Tristes guerras», *El País*, Babelia, 05/06/2010).
40. Sobre H.R. Bolloten véase Southworth, *El lavado de cerebro del general Franco*, Barcelona, Crítica, 2000, págs. 98-100 y *El mito de la cruzada de Franco*, Libro de Bolsillo, Barcelona, 2008, pág. 621. Para la cita de Trapiello, *Las armas y las letras*, Barcelona, Planeta, 1994, pág. 22.
41. Tomo la cita de un prólogo de Carlos Martín Beristain a un trabajo sobre los derechos humanos en Guatemala.
42. <www.lainformación.com>, 24/10/2012.
43. *La Vanguardia*, 28/09/2012.
44. <www.lainformación.com>, 24/10/2012.
45. Canal Nou, *Encontres*, 12/11/2012, entrevista.
46. Canal Nou, *Encontres*, 12/11/2012, entrevista.
47. *El País*, 06/10/2012 y 18/12/2012.
48. El lenguaje ofrece numerosas pruebas de esto en la pervivencia de palabras como «nacionales» o «alzamiento» o en frases como «estalló la guerra civil». Ni siquiera los periodistas jóvenes se dan cuenta que estas palabras y frases *tienen amo*, que no es otro que el franquismo.
49. No es idea mía. Es el propio Trapiello quien afirma: «Yo creo que haríamos un flaco favor a Chaves Nogales si lo convirtiéramos en San Manuel Chaves Nogales», en D. Suberviola y L.F. Torrente, *Manuel Chaves Nogales: el hombre que estaba allí*, <Libros.com>, 2014, pág. 152. Creo que la advertencia de Trapiello llega tarde, como él mismo debe saber de sobra.

.....
 FRANCISCO ESPINOSA, historiador, es uno de los impulsores más destacados del proceso de recuperación de la memoria histórica en España. Autor de obras clave en este sentido como *La columna de la muerte* (2003), *Contra el olvido. Historia y memoria de la guerra civil* (2006) y *Violencia roja y azul* (2010).